

PRÓLOGO

Los que estamos implicados en la tarea de educar, bien como profesores o bien como padres, somos conscientes de lo mucho que queda por hacer y mejorar en el ámbito de la formación. Son por ello más necesarios que nunca trabajos que, como este valioso libro de Juan Irarrázabal, nos permitan aprender y mejorar en puntos concretos que nos acerquen al ideal de la educación integral de las personas. En este sentido el presente libro me parece un acierto, tanto por la elección del tema –la participación de los padres en la escuela no ha sido una cuestión muy tratada teóricamente hasta ahora– como por la elección del autor, pues aunque se ha escrito mucho sobre la filosofía de la educación de Dewey me parece que no se le ha sacado todavía todo el provecho que se le puede sacar, particularmente en la práctica. Lo que en su época era nuevo, incluso revolucionario, quizá ahora ya no lo es tanto, pero sigue teniendo plena vigencia y nos hace ver que los problemas de la enseñanza siguen en gran parte sin resolver. Un siglo después podemos considerar a Dewey como un clásico, por así decir. Sus concepciones pueden todavía aportar mucho a la revolución educativa que tantas voces afirman que es necesaria. Entre esas nociones se señalan acertadamente en este libro las del crecimiento ilimitado, la centralidad del educando, el promover la responsabilidad y el esfuerzo, el despertar y ampliar los intereses personales, el maestro como guía que ayuda a interpretar y a expandir la experiencia, y la de un aprendizaje más creativo que tenga en cuenta la acción, entre otras. Dewey viene a recordarnos que la educación no trata solo de medios técnicos o de conocimientos, sino principal-

mente de personas: personas que crecen y ayudan a crecer a otras, personas que, como sostiene la corriente filosófica del pragmatismo, tienen en sí una infinidad de posibilidades.

Dewey se nos muestra aquí como un auténtico filósofo que evoluciona en busca de la verdad, y que trata de superar los dualismos propios de su época –dualismos que tan poco se corresponden con nuestra experiencia real. La teoría deweyana de la educación—como bien se señala— no puede considerarse independientemente del resto de su pensamiento filosófico. Dewey pasa de posturas evolucionistas e idealistas a otras más pragmatistas. Sin embargo, en contraposición a lo que muchas veces se sostiene no hay en el pragmatismo original una tendencia individualista. Aunque muchas veces se equipara pragmático a útil, o se une el pragmatismo a una concepción instrumentalista del conocimiento, esta corriente filosófica, originada por Charles S. Peirce como un método lógico, supone más bien una manera de comprender al ser humano en relación con sus acciones, con aquello a lo que puede dar lugar, esto es, con lo que puede crecer y con lo que puede crear. El pragmatismo tiene que ver con aprender de la experiencia, transformándola en algo razonable que nos haga crecer. Para ello se requiere tanto imaginación y creatividad como la capacidad de razonar de manera efectiva y de utilizar una metodología adecuada. Dewey desarrolla en el ámbito social y educativo lo que en Peirce solo estaba implícito, esto es, hace explícitas las posibilidades que hay en el pragmatismo como teoría de aprendizaje.

La idea de educación de Dewey como algo más que una mera transmisión de conocimientos es central en este trabajo. La educación ha de ser, todavía hoy, menos racionalista. Lo que debería contar no es tanto el memorizar para los exámenes sino el desarrollo de nuevos hábitos, que son los que hacen posible la continuidad y la asimilación de experiencias que nos hagan mejores personas a todos los niveles. Dewey, como nos muestra bien Irarrázabal, aspira a un correcto equilibrio entre la necesidad de que haya contenidos y de que estos se transmitan de una forma más libre, más respetuosa y responsable. Se trata tanto de transmitir contenidos teóricos como de generar hábitos operativos. Creatividad y rigor, sensibilidad y razón han de conjugarse en la unidad del ser humano a la que aspira Dewey. La idea de educación que aquí se transmite corresponde por tanto a una visión muy profunda del ser humano; es una formulación original, positiva y consis-

tente, como afirma Irarrázabal, que puede iluminar la práctica educativa y que no tiene nada que ver con algunas de las estrambóticas ideas que hoy en día se sostienen al hablar de formas creativas de enseñanza: no se trata de convertir las clases en un *show*, sino de despertar el verdadero interés que puede ayudar a crecer.

Esa noción de unidad es, en mi opinión, uno de los puntos más fuertes e interesantes de la exposición de Irarrázabal, pues el pragmatismo, entendido correctamente, puede resultar clave para la superación de los dualismos modernos. También resulta muy acertada la noción de educación como fin en sí mismo, no para mejorar en el futuro o para ganarse la vida, sino para mejorar la vida del niño ahora. Como madre estoy muy de acuerdo con esto: queremos que el niño mejore y crezca ahora, no en el futuro, o no solo en el futuro.

Por otra parte, resulta interesante –y pragmatista– atender no solo a lo que Dewey escribió sino también a lo que hizo (está claro que desde la concepción pragmatista del autor era necesario hacerlo). Me parece un acierto de Irarrázabal que nos permita asomarnos a Dewey como hijo y como padre de varios hijos. Ese análisis, junto al estudio de su obra escrita, nos deja muy claro que los padres son los primeros educadores y que la escuela lo es solo por extensión de ese primer ámbito. El papel de los padres es fundamental e irremplazable y por eso Dewey toma el hogar como modelo para la escuela, aunque con las debidas salvedades, pues evidentemente no son lo mismo. La escuela, como el hogar, ha de ser un lugar donde se viva, un lugar de actividad. Siguiendo con el pragmatismo, los niños se individualizan cuando hacen cosas. Lo más propio nuestro es hacer, aportar, expresar, no ser meramente pasivos.

Nos queda claro por lo tanto que profesores y padres forman parte de la misma comunidad, y que comparten los mismos fines. La gran pregunta es, sin embargo, de qué maneras concretas pueden participar los padres en la escuela. Irarrázabal señala dos claves muy importantes: presencia personal y diálogo, y nos proporciona ejemplos concretos de lo que se puede hacer, tanto por parte del colegio (actitud de apertura, preparación de las tutorías, elaboración y transmisión de un ideario, organización de actividades más interesantes, etc.) como por parte de los padres (críticas y sugerencias por los canales adecuados, acudir a las reuniones que se organizan,

etc.). Los padres necesitamos saber qué hace nuestro hijo en la escuela y por qué, así como entender los principios pedagógicos que la rigen, y los profesores solo pueden conocer realmente al alumno si conocen la familia en la que crece. Hace falta, como certeramente se señala, unidad, que no es igualitarismo simplista sino colaboración. Al final, todo esto equivale a tiempo, pero tiempo que, como nos hace ver Irarrázabal, merece la pena invertir. Personalmente me atrevería a decir que el enemigo, como señala certeramente Leonardo Polo, no es tanto el tiempo como la pasividad. Mi experiencia personal es que a las reuniones de los colegios van pocos y siempre los mismos. Algo habría que hacer por parte de los colegios: organizar cosas más interesantes, que no se hagan siempre los mismos cursos de orientación familiar, sino otro tipo de encuentros que permitan nuevas experiencias; y algo deberíamos hacer también los padres, animándonos entre nosotros y ayudándonos a ver la importancia que tiene nuestra presencia. Los padres debemos exigirnos más, igual que exigimos al colegio.

No puedo terminar sin mencionar otro acierto de este libro: señala Irarrázabal el valor que tiene la maternidad o paternidad para las dos partes, quizá más incluso para el padre o la madre que para el propio niño. Como dice Dewey en una cita que podría hacerse extensiva a los educadores en general, la falta de contacto del padre con los hijos daña más en realidad al padre que a los hijos, pues estos son «los mayores agentes naturales para cultivar la ternura y el afecto». Este trabajo nos hace ver que nos perdemos algo muy importante si no prestamos atención al cuidado de los que tenemos alrededor, y a procurar su crecimiento. Esa tarea nos hace más humanos y mejores, más observadores, magnánimos, pacientes y afectuosos.

Al final, tras la lectura de este libro de Juan Irarrázabal, nos queda claro que educar bien no es solo cuestión de inteligencia. Para hacer mejores personas se trata en primer lugar de ser nosotros mejores personas, de vibrar con la tarea de educar, sea como profesor o como padre, de tener ese brillo en los ojos. Irarrázabal consigue que nos ilusionemos de nuevo con esa tarea y esa responsabilidad –yo por lo menos. Le doy por eso las gracias y mi enhorabuena.

Sara Barrena
Grupo de Estudios Peirceanos
Universidad de Navarra